

Una clave para el rezo de los Salmos según san Agustín de Hipona



FERNANDO RIVAS, OSB¹

CuadMon 135 (2000) 439 - 462

Es sabido que dentro de la gran cantidad de escritos que legó san Agustín a la Iglesia el más extenso es su comentario a los salmos. A pesar de que las graves controversias sobre la gracia le absorbieron gran cantidad de obras escritas, sin embargo los salmos fueron los privilegiados dentro de su obra como Padre de la Iglesia.

Pero esa misma extensión de sus comentarios a los salmos hace que sean de difícil lectura, pues la profusión de temas, de digresiones, de cuestiones candentes en ese momento en la ciudad de Hipona, hacen que la mente del lector no puede encontrar con facilidad el hilo conductor de sus *Enarraciones*, escritas (o pronunciadas, pues son homilías), por otra parte, en una extensión muy larga de años.

Sin embargo el hilo conductor está, y es el mismo san Agustín quien lo da. Él lo heredó de san Hilario, cuyo comentario a los salmos es también de gran importancia y, a su vez, fue retomado, muchos siglos después, por

¹ Monje de la Abadía San Benito de Luján, actualmente abad de su Comunidad. Miembro del Consejo de redacción de *CuadMon*.

santo Tomás de Aquino en su comentario inconcluso al salterio. Estos tres nombres, Hilario, Agustín, Tomás de Aquino, respaldan muy bien una clave de lectura del Salterio a la que vale la pena prestar atención.

Nos vamos a limitar a san Agustín, citando sólo lo fundamental de Hilario o de Tomás de Aquino, pero estos dos últimos bien valdrían un estudio profundo y meticulado por la riqueza que tienen sus respectivos comentarios.

1. San Hilario de Poitiers (+367) La división tripartita del salterio y la numeración latina

Hoy en día, que tanto se privilegia el texto hebreo del salterio y su mismo modo de numerar los salmos, los que rezamos los salmos en la liturgia estamos privilegiados de tener la numeración latina y con ello toda una riqueza que fue san Hilario de Poitiers el primero en señalar.

Como es sabido, la numeración latina responde directamente a la numeración griega de los salmos, y en este hecho Hilario reconoce una verdadera inteligencia espiritual del Salterio.

Según Hilario el Salterio es un Libro. Así se lo denomina en los *Hechos de los Apóstoles* (c. 1,20). Y por eso rechaza la división en 5 libros, heredada y difundida por san Gregorio de Nisa. Y como un solo Libro el Salterio está dividido en tres partes de 50 salmos cada uno, haciendo así un total de 150 salmos. La Sagrada Escritura atribuye al número 50 una gran importancia simbólica, y grandes acontecimientos, como Pentecostés, ocurrieron el día 50 a partir de una fecha. Es por eso que, para Hilario, los salmos que llevan el número 50, 100 (=50+50) y 150 (=50+50+50) son de una importancia clave y encierran el sentido de los 49 salmos que le preceden.

Es por eso que, siempre según san Hilario, los traductores griegos (y latinos) al poner los números sobre los salmos supieron que estaban dando un significado místico a esos tres salmos que cierran cada grupo de 50. Y, de este modo, en la numeración greco-latina el 50 es el gran salmo “Miserere”, mientras que en la numeración hebrea el 50 es el 49 que, según los modernos exégetas, hace una unidad con el 50 y no tiene sentido por sí solo. Del mismo modo el salmo 100 es, como veremos más adelante, un

salmo clave, y finalmente el 150 es la gran alabanza que cierra todo el Salterio.

Así quedan estructurados en el Salterio latino tres grupos que tienen cada uno, en su salmo conclusivo, la síntesis de su significado. Y según Hilario esas tres partes del salterio van señalando las tres etapas de la vida espiritual, división clásica desde los Padres de la Iglesia hasta el día de hoy:

“En efecto, para alcanzar la salvación hay un primer grado: renacer como hombre nuevo después de la remisión de los pecados, y después de la confesión del arrepentimiento (Sal 50) llega el reino del Señor, que será conservado hasta los tiempos de la ciudad Santa y de la Jerusalén celeste, y, una vez llegada a nosotros la gloria celeste, avanzamos por el reino del Hijo (Sal 100) hasta el reino de Dios Padre, en el cual toda la masa de los espíritus proclamará delante de Dios las alabanzas que le son debidas (Sal 150), entonces nos será fácil comprender que en la fuerza (virtus) de cada salmo ubicado bajo el número cincuenta (50,100,150) se encuentra contenido un sentido misterioso (sacramentum) que se debe a esa repartición en cincuenta”².

Es por eso que al comentar el salmo 150 Hilario dice que los traductores griegos al dividir el Salterio en estas tres cincuentenas lo hicieron siguiendo una “inteligencia espiritual” del mismo³.

2. Santo Tomás de Aquino (+1274) y la clave del Salterio

En su comentario inconcluso al salterio santo Tomás, en el Prólogo sintetiza todas las tradiciones interpretativas del salterio. Y cuando llega a la división del salterio transmitida por Gregorio de Nisa en 5 libros⁴ dice:

² *Tr. ps. instr.11* (CSEL 22, p. 10).

³ *Tr.ps.150,1*.

⁴ *In inscriptiones psalmodum*, PG 44,432 ss. Esta división fue la que predominantemente se siguió a lo largo de los siglos hasta el día de hoy. Basta ver la obra *Psautier Chrétien* (Saint-Cenere, 1973) que estructura sus numerosos volúmenes sobre la base de la división del Salterio en 5 libros. También, en un sentido espiritual, D. BARSOTTI hizo una bella descripción de las características de cada uno de los 5 libros, en su *Introduzione ai Salmi*, Brescia 1972.

«Esta división no se encuentra en los Hebreos pues para ellos no hay sino un solo libro, según dice: “Ya que está escrito en el Libro de los Salmos... (Hch 1,20). Por eso cuando dice: “Fiat, Fiat” o “Amen, Amen” no significa que se trata del fin de un libro, pues esas expresiones se encuentran frecuentemente en los otros libros sin que se trate del fin de un libro».

Finalmente santo Tomás señala la división en tres partes de cincuenta y considera que es la única auténtica e indica brevemente las características esenciales de cada grupo de 50:

1. Salmos 1-50: Respecto a esta primera parte del salterio Santo Tomás dice que se refiere al estado de penitencia al cual se ordena toda la primera cincuentena que termina con el salmo “Miserere” (50). Esta penitencia se presenta de manera figurada con las tribulaciones y luchas que sufre David.

2. Salmos 51-100: esta segunda parte del salterio, que comienza en el salmo 51, está dirigida a la justificación del hombre y termina en el juicio (*Sal 100*).

3. Salmos 101-150: *Se refieren a la alabanza de la gloria de Dios, tal como termina el salmo 150: todo ser que alienta, alabe al Señor.*

Más allá de estas descripciones de cada parte y etapa de la vida espiritual lo más importante que resalta santo Tomás es la clave fundamental para una lectura y oración provechosa del Salterio: la tribulación. Como hace habitualmente, santo Tomás sintetiza de un modo magistral con una frase o una palabra lo que en los Padres de la Iglesia es el centro de su pensamiento y que ningún otro hubiese podido captar de modo tan claro. Y gracias a ello nos permite volver a leer al Padre que sintetiza con la posibilidad de comprender de manera más sistemática lo que en ellos se presenta con su estilo propio de homilías o comentarios espirituales.

Y al sintetizar la clave del Salterio con esa realidad que lo recorre de una punta a la otra, la tribulación, nos va a permitir acceder a lo que de otro modo hubiese sido muy difícil de captar como el corazón mismo del pensamiento agustiniano. Y como dice el mismo santo, esas tribulaciones son, en el Salterio, las que vivió David, las que vive todo hombre, las que

vivió y sigue viviendo en su Cuerpo Cristo Jesús.

La tribulación recorre todo el salterio, revistiendo sin embargo características muy distintas según que nos encontremos en la primera, segunda o tercera parte del mismo. Esto lo pondrá de manifiesto es estudio de san Agustín.

3. San Agustín (+430): las tres partes del Salterio y las tres etapas de la vida espiritual

En primer lugar san Agustín hace más explícita y clara la referencia de las tres partes del salterio con las tres etapas de la vida espiritual. Y ahora podemos facilitar su descripción utilizando la clave que hizo manifiesta santo Tomás: la tribulación.

1ª Parte (Sal 1-50): Se refiere a la penitencia. La voz de la penitencia es la del salmo 50: *Misericordia Dios mío, por tu bondad...* La penitencia ofrece a Dios en sacrificio un espíritu contrito y humillado. Pero para llegar a ella es necesario que Dios haga conocer al hombre la noche de la tribulación. Ella es el instrumento de la verdadera conversión y la que hace descubrir al hombre su pequeñez y, a su vez, abrirse a Dios en una oración confiada y firme.

2ª Parte (Sal 51-100): Se refiere a la justificación (santificación) del hombre. La voz de la justicia (justificación) es la del salmo 100: *Voy a cantar la bondad y la justicia...* Pero nuevamente la tribulación es el camino para obtenerla. Ahora la tribulación no es tanto causa de conversión cuanto prueba de perseverancia en la virtud. La tribulación mantiene y estimula al hombre en las virtudes fundamentales de la paciencia y abandono en la providencia de Dios.

3ª Parte (Sal 101-150): Se refiere a la vida eterna que se afianza en el hombre: así se cumple lo que dice *Rm 8,30: A los que llamó los justificó, a los que justificó los glorificó.* Pero esa glorificación, que es la alabanza continua de Dios, nuevamente tiene su base de sustentación en la tribulación. En medio de las tribulaciones, que se hacen presentes hasta el final del Salterio y de la vida, el hombre no sólo se convierte y se afianza en el

bien, sino que ahora también dirige su alabanza a Dios por la misteriosa grandeza de sus designios. Se trata del mayor grado de perfección del cristiano según san Agustín, tal como lo reveló Cristo: en medio de las tribulaciones el hombre dirige a Dios su sacrificio de alabanza. Y es así como termina el Salterio.

Para san Agustín las tres etapas de la vida espiritual son las que señala el texto de Romanos 8,30: llamada de Dios (o conversión); justificación (santificación) y glorificación (por la obra de Dios en el hombre)⁵.

A pesar de esta división, tanto del salterio como de la vida espiritual, no se debe considerar que son etapas excluyentes unas de otras, sino complementarias, que se presentan muchas veces incluyendo las características de las otras dos, aunque con el predominio de una de ellas en cada etapa particular. Lo mismo respecto de las partes del salterio: aunque cada etapa tiene sus características no excluye las de las otras y tal vez un salmo de una parte es el mejor reflejo del contenido de otra parte.

4. La tribulación y las tres partes del Salterio

El tema de las tribulaciones es una verdadera guía en la comprensión del salterio según san Agustín y también el hilo conductor de sus extensas *Enarraciones* a los salmos.

Veamos su presencia en cada parte del salterio y su rol en cada fase de la vida espiritual.

1º. Los salmos 1-50

San Agustín insiste a lo largo de las *Enarraciones* en que, para que el alma llegue a Dios, es preciso que se sienta desolada, tiene que sentir el peso de sí misma por la tentación, la prueba y la tribulación. Pero el problema es, para san Agustín, cómo hacer que en el hombre se despierte la conciencia de su estado.

⁵ Esta cita de *Rm* 8,30 la usa san Agustín tres veces, en un salmo correspondiente a cada una de las tres partes del Salterio. La primera vez la usa en el salmo 5 (17,5) = 1ª parte; la segunda vez la usa en el salmo 61 (13,5) = 2ª parte; la tercera vez la usa en el salmo 147 (24.1.44) = 3ª parte. Y lo interesante es que en cada una de las partes el pasaje de *Rm* es comentado según el sentido de esa parte del salterio que se trata.

Muy al contrario de lo que el hombre piensa habitualmente, es decir, que está cargado de padecimientos y sufrimientos, san Agustín considera que el hombre no tiene la menor conciencia de lo que verdaderamente padece. Veamos un texto:

«Hermanos míos, ved desde cuándo somos vapuleados: Adán es vapuleado en todos los que nacieron desde el comienzo del género humano, en todos los que ahora viven, en todos los que vivirán después. Adán es vapuleado, es decir, el género humano es vapuleado; pero muchos se endurecieron de tal modo que no sienten sus heridas. Los que de este género humano se hicieron hijos, recibieron la percepción del dolor, sienten que son vapuleados, y conocen quién ordenó que lo fuesen, y elevaron sus ojos a Aquel que habita en el cielo, y, por tanto, tienen puesto los ojos en las manos de su Señor hasta que se compadezca, como lo están los ojos del esclavo fijos en las manos de sus señores, y los de la esclava en las manos de su señora (Sal 122). Ves a algunos que son felices, que están alegres en este mundo, que se jactan de sí mismos de que no son vapuleados. Pero ¿qué digo?. Lo son de manera más atroz, pues tanto más gravemente son castigados cuanto menos lo sienten. Despierten y sean azotados; se duelan, sientan, conozcan que son vapuleados. Porque “quien añade ciencia, añade trabajo”; esto lo dijo la Escritura (Qo 1,18). Por eso dice el Señor en el Evangelio: “Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados” (Mt 5,5)» (Enarrat. ps. 122,6).

Como puede verse lo primero que enseña Dios al hombre, en los salmos, es a sentir el dolor de lo que padece y a aprender a llorar con los salmos:

7. *Estoy agotado de gemir,
de noche lloro sobre el lecho,
riego mi cama con lágrimas.*
8. *Mis ojos se consumen, irritados,
envejecen por tantas contradicciones (Sal 6).*

Y, según cuenta san Agustín en sus *Confesiones*, eso fue lo primero que él mismo aprendió al escuchar los salmos en la Catedral de Milán. Y esto no es otra cosa que la doctrina de la compunción, tan querida a los Padres de la Iglesia, que es una herida que Dios produce en el corazón, haciéndole sentir al mismo tiempo dolor y consuelo, por una profunda experiencia de la misericordia de Dios.

Los salmos, según san Agustín, buscan restaurar en el hombre el *sensus doloris* (*sentir del dolor*) por lo que es, padece y tal vez ni se da cuenta. Y al no darse cuenta no trabaja para superarlo. Y es a eso a lo que conducen los salmos de esta primera cincuenta a quien los reza. Desde el salmo 2 se presenta la alianza de los hombres contra el Mesías, y en el 3 el hombre grita: *Señor: ¡cuántos son mis enemigos, cuántos se levantan contra mí*. Y así podemos seguir con el salmo 4, 5, etc.

Todas las tribulaciones que puede conocer el hombre en esta vida son vividas en estos primeros cincuenta salmos, tanto en situaciones personales (*Sal 39*) como comunitarias (*Sal 43*), interiores (*Sal 41-42*) como exteriores (*Sal 21*). Pero hay dos cosas que a san Agustín le asombran y le asustan: el que el hombre no tome conciencia de la fugacidad de las cosas (y de su propia vida) y el que se acostumbre a las cosas que suceden en el mundo como si ello fuese lo normal y no el fruto de una creación dañada por el pecado y la muerte, y por eso no anhele el que las cosas se vuelvan a restaurar en su orden primigenio.

Pero también el no darse cuenta de que en este mundo está como desterrado de su verdadera patria (así interpreta el gran Salmo 41-42) hace que el hombre pierda el sentido del dolor, porque se ha habituado a él.

Y para poder recuperarlo la primera parte del Salterio le hace realizar un verdadero proceso de conversión, que es ante todo, conversión a sí mismo por la gracia de Dios. Y esto es lo que encierran los dos Salmos conclusivos de la primera cincuentena, que dan el sentido a todo el grupo.

El Salmo 50 expresa esa conversión en términos muy claros:

8. *Te gusta un corazón sincero
y en mi interior me inculcas sabiduría*
9. *Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.*

10. Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
11. Aparta de mi pecado tu vista.
borra en mí toda culpa.
12. Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.

Sin embargo el Salmo 49 es, para san Agustín, el gran Salmo en el que el Señor revela al hombre lo que el mismo hombre no quiere ver en sí mismo. A través de la tribulación Dios corrige y le revela al hombre su propio corazón:

«Sal 49,21: “Esto hiciste y callé”. Por eso vendrá el Señor Dios nuestro y no callará. Ahora hiciste esto y callé. ¿Qué significa “callé”. Contuve el castigo, diferí mi rigor, prolongué la paciencia y esperé por largo tiempo tu arrepentimiento. “Hiciste esto y callé”. Yo esperé a que te arrepintieses, “más tú –según dice el Apóstol- conforme a la dureza de tu corazón y a tu impenitencia, para ti mismo atesoras la ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios”(Rm 2,5). Pensaste inicuaamente que yo he de ser semejante a ti... “Te argüiré”(v. 21c). ¿Y qué te haré al argüirte?. Ahora tú no te ves; haré que te veas. Si te vieses y te desagradases, me agradarías a mí. Pero como no viéndote te agradaste a ti, por eso me desagradarás a mí y a ti; a mí al juzgarte, a ti al arder. ¿Qué te haré?, dice. “Te pondré ante tu vista”(v. 21c). ¿Por qué quieres esconderte a ti mismo? Te hallas de espaldas a ti mismo, no te ves; haré que te veas. Lo que colocaste a la espalda lo pondré delante de ti...Quítate tú de tu espalda, donde no quieres verte, ocultándote de este modo a tus actos y colócate delante de ti. Preséntate en el tribunal de tu conciencia; sé allí tu juez; que te atormente el temor y prorrumpa de ti la confesión y di a tu Dios: “Yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado (Sal 50,5). Lo que estaba a tu espalda se coloque delante de ti para que tú mismo no seas después colocado por Dios juez ante ti, y entonces no tengas adónde huir fuera de ti» (Enarrat. ps. 49,28).

Este Salmo 49, y el 50 que concluye la primera parte, revelan el sentido de este conjunto: Dios hiere el corazón del hombre acusándolo de su pecado, pues él, por su misma herida, ha quedado insensibilizado para

darse cuenta de lo que padece. Y, como fruto de esa revelación, el corazón del hombre se descubre a sí mismo y pronuncia esa gran confesión de su dolor, que es el Salmo 50.

Por otra parte, la voluntad de Dios nos exige una toma de posición, una actitud frente a lo mundano y frente a lo eterno. Y es entonces cuando aparece en el ámbito de lo humano la tribulación, con su sentido agudo de penetración y de acercamiento a Dios. También en la tribulación Agustín exigirá la fe, la visión de Dios (tal como la presentan los Salmos 41-42), para no llegar a la desesperación, y conoce muy bien que una es la tribulación buscada y otra la que nos encuentra a nosotros⁶.

«Muchos, sin duda, gimen con llanto babilónico, porque se alegran también con gozo babilónico. Quienes se gozan por el lucro y lloran por la pérdida, ambos pertenecen a la ciudad de Babilonia. Tú debes llorar; pero recordando a Sión. Si lloras recordando a Sión, te conviene que llores también cuando te va bien en lo referente a Babilonia. Por eso se dice en el Salmo: “Hallé tribulación y dolor e invoqué el nombre del Señor”(Sal 114,3-4). Hay una gran diferencia entre encontrar la tribulación y ser encontrado por ella, pues en otro lugar dice: “Dolores del infierno me encontraron”(Sal 17,6). ¿Qué significa “dolores del infierno me encontraron” y “hallé tribulación y dolor”? Cuando de repente se apodera de ti la tristeza al perder los bienes temporales con los que te deleitabas, cuando la repentina tristeza te encuentra, sin pensar que pudiera entristecerte, al sobrevenirte el entristecimiento, te encontró el dolor del infierno. Te creías estar arriba, y, sin embargo, estabas abajo; y, al encontrarte el dolor del infierno, te encontraste allí abajo tú que creías que estabas arriba, pues te hallaste afectado gravemente con el dolor, con la tristeza de algún mal que quizá presumías que no habría de entristecerte: te halló el dolor del infierno. Por el contrario cuando te va bien, es decir, cuando te sonríen todas las cosas mundanas, cuando ninguno de los tuyos murió, nada se te secó, o se apedreó, o apareció estéril en tu viña, o se avinagró tu cuba, no abortó ningún ganado tuyo, no fuiste destituido de alguna dignidad de la que estabas investido en el siglo, en todas partes encuentras a tus amigos y te conservan su amistad, no te faltan clientes, los

⁶ MORÁN J., *Obras de San Agustín, Enarraciones sobre los Salmos*, vol. I, Madrid 1964, 44.

hijos te obedecen, los esclavos te temen, la esposa va acorde contigo, la casa se muestra feliz, entonces eres tú quien debe salir a encontrarte con la tribulación, si eres capaz, para que una vez encontrada la tribulación puedas invocar al Señor. En efecto, la palabra divina parece enseñarnos algo contradictorio al decir: “Llora en la alegría y alégrate en la tristeza”. Sin embargo oye a uno que sabe alegrarse en la tristeza: “Nos gloriamos en las tribulaciones”(Rm 5,3). Si alguien llora en la alegría supo encontrar la tribulación. Mire cada uno su propia felicidad, por la que se regocijó su alma y se exaltó diciendo: “Soy feliz”; atienda y vea si no se trata de una felicidad fugaz, si puede estar seguro de que vaya a durar siempre. Si no lo está y ve que se escapa aquello de lo que se goza, entonces es un río de Babilonia; siéntese junto a él y llore. Pero sólo se sentará y llorará si se acordó de Sión. ¡Oh paz!, aquella que veremos junto a Dios; ¡oh santa igualdad, la que tendremos con lo ángeles!, ¡oh visión y espectáculo sublime!. Babilonia tiene cosas bellas, pero que no nos retengan, no nos engañen. Una cosa es el alivio de los prisioneros, pero otra es el gozo de los libres. “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos hemos sentado y llorado al recordar a Sión”(Sal 136,1)» (Enarrat. ps. 136,5).

A pesar de que textos como éste puedan dar pie a que se hable de un “pesimismo agustiniano”, sin embargo san Agustín está muy lejos de ello. Él enseña en todo momento a gloriarse en las tribulaciones (Rm 5,3) y no a hundirse en ellas en una actitud enfermiza. Es más, tal como lo veremos adelante, todo el progreso espiritual, según el Salterio, se dirige a transformar la tribulación, en su aspecto angustiante y opresivo, por la alabanza y el canto de la gloria de Dios.

La tribulación y la tentación, dentro de la pedagogía divina, juegan también el papel de revelar al hombre el estado de su corazón, sus flaquezas, y poner de manifiesto lo que está oculto en su interior. Es el gran tema bíblico de la prueba. Dios prueba y sondea el corazón del hombre. Y en esta primera parte del Salterio el Salmo 25 lo presenta por primera vez:

*1. Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia;
confiando en el Señor no me he desviado.*

2. *Escrútame, Señor, pónme a prueba,
sondea mis entrañas y mi corazón...*

Pero para san Agustín la tribulación es el gran instrumento de Dios para que el hombre se una a él en una oración fervorosa y continua. Sólo la tribulación continua puede llevar a dicha oración:

«Sal 49,15: “E invócame en el día de la tribulación, yo te libraré y tú me darás gloria”. No debes presumir de tus fuerzas, todos tus auxilios son mentiras. Con este fin permití que te sobreviniese el día de la tribulación, porque quizás si no hubieres sido atribulado, no me invocarías; más cuando lo eres, entonces me invocas; y cuando me invocas yo te libero; cuando te libre me glorificarás, no apartándote ya más de mi. Ciertamente individuo se había entumecido y helado por la pérdida del fervor de la oración y dijo: “Me vi rodeado de tribulación y dolor e invoqué el nombre del Señor”(Sal 114,3-4). Encontró la tribulación como cosa útil; había caído en estado de enfermedad debido al pus de sus pecados; ya se hallaba sin sentido, y entonces le sobrevino la tribulación como remedio cáustico y quirúrgico» (Enarrat. ps. 49,22).

Pero la mayor tribulación para el hombre es la conciencia de sus pecados, especialmente cuando no está viva la fe en el perdón de Dios:

“Entre todas las tribulaciones, hermanos carísimos, que soporta el alma humana, ninguna es mayor que el remordimiento del pecado. En efecto, si el alma no está herida y se halla tranquilo el interior del hombre, que se llama conciencia, en cualquier tribulación que padezca, se refugiará en su interior y allí encontrará a Dios. Pero si allí, debido al exceso de la iniquidad no hay descanso, pues Dios tampoco mora allí ¿qué hará el hombre? ¿Adónde se refugiará cuando comiencen a sobrevenirle las tribulaciones?... Oprimentes, impulsivas, demasiadas, como dice el mismo Salmo, son las tribulaciones; sin embargo, también en ellas Dios socorre perdonando los pecados. Sólo el perdón sana las conciencias de los pecadores” (Enarrat. ps. 45,3).

Y los primeros 50 Salmos van enseñando al hombre cuál es la verdadera actitud ante las tribulaciones:

“Entre el recto de corazón y el perverso hay esta diferencia: es recto de corazón el hombre que al padecer cuantas penalidades le sobrevengan, como son las tristezas, las afecciones, los trabajos, las humillaciones, las atribuye únicamente a la voluntad justa de Dios, sin considerarle ignorante, como si no supiese lo que hace, porque castiga a unos y perdona a otros. Los perversos de corazón, los malvados y aviesos, son los que dicen que todos los males que padecen los padecen inicualemente, achacándole a Dios la iniquidad, por cuya voluntad padecen, o los que, no atreviéndose a imputarle la iniquidad, le niegan el cuidado y la preocupación por sus criaturas” (Enarrat. II ps. 31,25).

A lo largo de las Enarraciones se repite como un estribillo la gran convicción de san Agustín acerca del sentido de las tribulaciones: Dios sólo corrige a los que ama (Ap 3,19). Y esto es lo que debe saber descubrir el hombre. Las contrariedades y las alegrías, los sufrimientos y los pesares, todo ha de verse como venido de la mano amorosa de Dios. Y san Agustín enseña al hombre a no huir o querer ser librado rápidamente de la tribulaciones:

“... el enfermo pide muchas cosas al médico, lo que el médico no le concede. No le oye en cuanto al querer de su voluntad sino en lo que conviene a su salud” (Enarrat. ps. 85,9).

Finalmente, para no seguir agregando más citas, conviene decir que para san Agustín esta primera parte del Salterio encierra el camino que quiso seguir el mismo Cristo. Y Él supo ver en todo los planes de la Providencia de su Padre, incluso en su pasión y muerte, síntesis de todas las tribulaciones del hombre. Por eso...

“... siguiendo el camino de Cristo, no te prometas prosperidades del siglo. Él anduvo por ásperas sendas, pero te prometió cosas grandes. Síguele. No mires solamente por dónde has de ir, sino a dónde has de llegar. Soportarás asperezas temporales, pero llegarás a dulzuras eternas. Si quieres soportar el trabajo, pon tu esperanza en el Salario. Pues también el obrero hubiera desfallecido en la viña si no hubiera atendido a lo que había de recibir. Todas las cosas que padecieras son viles y no las debes

juzgar estimables en comparación de lo que has de recibir por ellas. Te extrañarás que se te dé tanto por tan insignificante trabajo” (Enarrat. II ps. 36,16).

Esta primera parte del Salterio encierra los dos Salmos que Cristo pronunció en la Cruz (21 y 30). Y saber que se está siguiendo el camino de Cristo, que padeció por nosotros, es el gran consuelo en medio de las tribulaciones.

Por último san Agustín, como doctor de la gracia, deja en claro que la conversión que nace como fruto de la tribulación es el signo más claro de que es una gracia de Dios y no un mérito del hombre:

«La santificación se concede a los justos, mas para que se santifiquen es necesaria primero la vocación, la cual no dimana de los méritos, sino de la gracia de Dios, puesto “que todos pecaron y se hallan privados de la gracia de Dios” (Rm 3,23). “A los que llamó, a éstos los justificó, y a los que justificó, a éstos los glorificó”(Rm 8,30). Como la vocación no se debe a nuestros méritos, sino a la benevolencia y misericordia de Dios, añade diciendo: “Oh Señor, nos ceñiste como con un escudo de tu buena voluntad”. La buena voluntad de Dios para llamar a los pecadores a penitencia precede a nuestro buen querer» (Enarrat. ps. 5,17).

Dios es quien envía la tribulación, y por eso Él es el autor de nuestra conversión.

2º. Los Salmos 51-100

Esta segunda cincuentena de Salmos, sin dejar de referirse a la conversión, tiene como característica central el ser el camino del justo, en el sentido paulino de la palabra, es decir, del hombre justificado por la gracia de Dios.

En esta parte del Salterio y en esta etapa de la vida espiritual la tribulación juega nuevamente un papel protagónico. Sin embargo no es ya para despertar al hombre a la vida divina sino para confirmarlo en ella, en el camino de la virtud, tal como lo canta el Salmo 100, que es el que da la tónica de este segundo grupo del Salterio: *Voy a cantar la bondad y la justicia... andaré con rectitud de corazón.*

Esta última expresión, “recto de corazón”, es clave para comprender esta segunda etapa de la vida espiritual. San Agustín se pregunta:

«¿Quiénes son los rectos de corazón? Mirad hermanos míos, continuamente lo estoy diciendo, y bueno es que lo sepáis. ¿Quiénes son los rectos de corazón? Quienes no atribuyen al acaso las cosas que soportan en la vida para medicina suya, sino al propósito de Dios; ni presumen de su propia justicia, pensando que sufren injustamente lo que sufren; ni creen que Dios es injusto porque padecen menos los que pecan más... Torcido es tu corazón. “Qué bueno es Dios para el justo, el Señor para los rectos de corazón” (Sal 72,1). Tus pies resbalaron porque envidiaste a los pecadores viendo su paz. Déjate curar... soporta cuanto sufres con recto corazón... Si maldices, Dios te desagrade y te agrada a ti; entonces serás de corazón perverso y torcido, y esto es peor, porque quieres dirigir el corazón de Dios hacia el tuyo para que haga lo que tú quieres, siendo así que tú debes hacer lo que Él quiere. ¿Qué? ¿Pretendes inclinar el corazón de Dios, que siempre es recto, a la perversidad del tuyo?. ¡Cuánto mejor te sería encauzar tu corazón hacia la justicia de Dios! ¿Por ventura no te enseñó esto tu Señor, de cuya pasión hablamos hace poco? ¿Acaso no llevaba tu flaqueza cuando decía: “Triste está mi alma hasta la muerte”? ¿Acaso no te representaba en sí al decir: “Padre, si es posible pase de mí este cáliz”? No hay dos voluntades distintas, la del Padre y la del Hijo, sino que en la forma de siervo llevaba tu voluntad para conducirla con su ejemplo. La tribulación descubrió en ti otro querer, que deseaba que pasase lo que te amenazaba; pero Dios no lo quiso. No consintió Dios a tu querer; confórmate tú con el querer de Dios. Oye su voz: “Mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, ¡oh Padre!” (Mt 26,38-39)» (Enarrat. ps 63,18).

Este texto de san Agustín revela el programa de vida de la segunda parte del Salterio. Ya no se trata sólo de descubrir que la tribulación viene de parte de Dios. Ahora se trata de unirse a esa voluntad como Cristo se unió a ella en su vida y en su Pasión. Es más, como dice claramente el texto citado, Cristo es quien padece y vence en cada hombre tentado a rechazar la voluntad del Padre.

Por eso la rectitud de corazón no es sólo obrar el bien, obrar conforme a la voluntad de Dios. El recto de corazón sabe que el único justo

es el Señor y de él le viene toda justicia y rectitud.

Pero san Agustín conoce bien el drama del hombre que, al verse acosado por la tribulación y los padecimientos, lo imputa a su condición pecadora, llenándose de remordimientos por sentirse castigado por Dios. Y esta segunda parte del Salterio tiene por objeto mostrar lo equivocado de ese razonamiento. El hombre, aunque sea justo necesita, como Cristo, ser pasado por el crisol de la prueba (*Sal 65*) y por la aflicción de las tribulaciones para afianzarse cada vez más en el amor de Dios:

«Atiende ahora y ten la justicia, porque no puedes tener el juicio. Primeramente necesitas tener la justicia, mas ten en cuenta que tu justicia se convertirá en juicio. Los apóstoles tuvieron aquí la justicia y toleraron a los inicuos. ¿Pero qué se les dice? “Os sentaréis sobre doce tronos, y juzgaréis a las doce tribus de Israel” (Mt 19,28). Luego su justicia se convirtió en juicio. Ahora cualquier justo que se halle en este mundo está en él para soportar males y tolerar. Soporte el tiempo del sufrimiento, pues llegará el día de juzgar. Pero ¿qué digo de los siervos de Dios? El mismo Señor, que es juez de todos los vivos y muertos, quiso primeramente ser juzgado para juzgar después...»

¿Quiénes son los rectos de corazón?. Los que quieren lo que Dios quiere. Él perdona a los pecadores, tú quieres que ya los condene. Cuando tú quieres una cosa y Dios otra distinta, eres de corazón torcido y de voluntad perversa. Dios quiere perdonar a los malos, tú no quieres que los perdone. Dios es paciente con los pecadores, tú no quieres soportarlos. Como había comenzado a decir, tú quieres una cosa, Dios otra distinta; endereza tu corazón y dirígelo a Dios, porque el Señor se compadeció de los débiles. Ve en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, a los enfermos (infirmos), que primeramente intentaron seguir su propia voluntad, pero al ver que la voluntad de Dios era otra distinta a la suya se encaminaron y dirigieron su corazón a aceptar y seguir el querer de Dios... Pero ¿qué quieren los hombres? Poco es que tengan torcida su voluntad; pretenden aún más, quieren torcer la voluntad de Dios según tienen ellos torcido su corazón, para que así haga Dios lo que ellos quieren, siendo así que ellos deben hacer lo que Dios quiere.

¿Cómo hizo el Señor, en el hombre que había asumido, para unir las dos voluntades para que lleguen a ser una? Prefigurando en su cuerpo,

es decir, en su Iglesia, que había de haber algunos que quisieran hacer su voluntad, pero que habían de seguir la de Dios. Por esto demostró que a Él pertenecían algunos débiles (infirmos), y, por lo mismo los prefiguró en sí. Prefigurando, también sudó sangre por todo su cuerpo, dando a conocer que en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, había de ser derramada la sangre de los mártires... Siendo Dios recto, cuando afianzas en Él tu corazón, te sirve de troquel para que tu corazón sea recto. Fija, pues tu corazón en Él y le tendrás recto. Pero he aquí que quizás ya se insinúe el querer humano: “No sé que cosa procedente de la flaqueza de la carne halaga tu mente”; no desconfíes. El Señor te simbolizó a ti, no a sí mismo, al hacerse débil; pues Él, que había de resucitar al tercer día, no temía padecer» (Enarrat. ps. 93,18-19).

San Agustín enseña al hombre a no asociar tribulación con castigo, y esto no sólo en lo que se refiere a él, sino también respecto de los impíos. Es el drama que encierra el Salmo 72 de este grupo y que es la rebelión del justo atribulado ante la prosperidad del impío.

Ni el hombre debe ver un signo del castigo de Dios detrás de las tribulaciones o padecimientos que debe enfrentar en la vida, ni tampoco debe desear el castigo del impío como un mal, pues eso se le volverá contra él a la hora de sentirse corregido.

La justicia (o santidad) no significa que se acaben las tribulaciones, sino al contrario, que crezcan para confirmar y fortalecer de manera sólida al justo y recto de corazón.

Y por eso san Agustín quiere que el hombre considere la santidad (justicia), no como algo que él va a obtener, pues siempre se seguirá viendo pecador, sino como algo que ya Cristo le obtuvo, venciendo en la oración del huerto la debilidad de su propia condición humana. Y también los Salmos enseñan al orante a poner en manos de Dios la suerte de los inicuos, abandonando las miras humanas que valoran las cosas de manera muy distinta a la de Dios.

Así como la primera parte del Salterio estaba dirigida a despertar el “sensus doloris” dormido en el hombre pecador, esta segunda parte hace descubrir la “debilidad” (*infirmitas*) propia del hombre frágil y temeroso, que encuentra en el dolor y en el padecer una causa para alejarse de la voluntad de Dios. Por ello para san Agustín, Cristo asumió esa debilidad

(*infirmas*) del hombre para sentir como él temor ante la muerte, pero a su vez vencer en él lo que el hombre, librado a sus fuerzas, no puede. Y ése es el caso de los mártires.

La “infirmas” es otra clave de lectura de todo el conjunto de las *Enarraciones*. Los Salmos son la voz de Cristo débil que asume todas las circunstancias y tribulaciones que rodean la vida del hombre para conocerlas, padecerlas, y poder darle su ayuda en el momento oportuno. Y por eso otro de los objetivos de la enseñanza de las *Enarraciones* es que el justo siempre siga viendo su fragilidad, su debilidad (*infirmas*) de manera que mantenga viva la conciencia de que es Salvado por la gracia de Cristo, y para que se mantenga atento y perseverante en la oración para poder dejar que también en él se realice la voluntad del Padre y no la suya.

Finalmente, como sucedió en Cristo, san Agustín reconoce que quien se empeña en unirse en todo a la voluntad de Dios, Dios termina haciendo la voluntad de él:

«*Satisface la voluntad de sus fieles*”(Sal 144,19). *¡La hará, la hará!; y si no la hace ahora, la hará después. Sin duda, si tú temes a Dios de suerte que haces su voluntad, ve cómo en cierto modo, al servirte Él a ti, hace tu voluntad*» (*Enarrat ps. 144,23*).

Y este es el sentido misterioso de las primeras palabras del Salmo 100, que da el clima de toda esta segunda cincuentena:

*Voy a cantar la bondad y la justicia:
¿cuándo vendrás a mi?
Andaré con rectitud de corazón
dentro de mi casa.*

3°. *Los Salmos 101-150*

A pesar de que el Salterio va creciendo hacia el final en una mayor cantidad de Salmos de alabanza, la tribulación sin embargo sigue presente prácticamente hasta el final del Salterio. El mismo Salmo 149 nos habla de la batalla final y el triunfo de los humildes sobre los pueblos enemigos. Un poco más lejos, los Salmos 139 al 142 nos presentan a un orante sumido en

angustias y dificultades. Las tribulaciones se prolongan hasta el fin de la vida.

En esta última cincuentena del Salterio el Salmista no sólo descubre que la tribulación viene de Dios y se une a ella de todo corazón, sino que en medio de ella alaba a Dios, ofreciendo el verdadero sacrificio de alabanza que presentó Cristo al Padre.

El Salmo 150 que cierra esta tercer parte es representativo de ello: *Todo ser que alienta alabe al Señor* (v. 5). Aquí se presenta san Agustín con toda su teología de la alabanza en la vida espiritual. Tal vez éste sea el aspecto más conocido de su doctrina espiritual, pero en las *Enarraciones* cobra un sentido muy claro: se trata de alabar en medio de las tribulaciones.

Estas tribulaciones ya no son las de las dos primeras etapas. Las más fuertes que señala san Agustín son: la nostalgia por la patria del cielo, el deseo por estar unidos a Cristo de manera definitiva, el carácter fugaz del mundo.

Pero la alabanza transforma la misma tribulación en fuente de vida. “La conclusión de todo lo expuesto, que de diversos modos y en diversos pasajes explica el Santo, es ya clara: toda la vida ha de ser un cantar de alabanza a Dios, una alegría suprema en espera de la patria, nostalgia del porvenir y certeza de la promesa. Dios en todas las cosas y en todos los acontecimientos. Solamente cuando reina esta visión providencialista en nuestra alma con la esperanza, la fe y la caridad, que nace del sabernos ciudadanos del cielo, cautivos en la tierra, gozaremos de la paz en la esperanza, del sosiego en medio de la inquietud, y sobre todo habremos convertido la vida en oración continuada vital. Dios quiere justamente que hagamos de la vida una oración, y la convertiremos en tal cuando seamos capaces de bendecirle y alabarle tanto en la prosperidad como en la adversidad, tanto en el dolor como en la alegría, tanto cuando nos vaya bien como cuando no nos Salen tan bien las cosas, tanto en los fracasos como en los éxitos.”⁷

Comentando el Salmo 145 dice san Agustín:

«Oíd, que ya suena el Salmo. La voz de cierto individuo, y, si queréis,

⁷ *Id.* 67.

es la vuestra también, que exhorta a su alma a alabar a Dios y que se dice a sí mismo: “Alaba alma mía al Señor”. Alguna vez, hallándote en las tribulaciones y tentaciones de la vida presente, quieras o no, te perturba tu alma. De esta perturbación habla otro Salmo, diciendo: “¿Por qué estás triste alma mía, y por qué te me turbas?” (Sal 42,5). Pero para apartar de sí esta perturbación le sugiere el gozo no de la realidad, sino de la esperanza, y le dice al alma perturbada, acongojada, triste y afligida: “Espera en el Señor; porque aún lo alabaré (confitebor)”. El, como si su alma, que le conturbaba con la tristeza, le dijese: ¿Por qué me dices: Espera en el Señor?, afianzó la esperanza, con la cual levantó su espíritu en la confesión o alabanza. Con todo, el alma le responde: “La conciencia de mis pecados me llama a cuentas; yo conocí los pecados que cometí, y me dices: “Espera en el Señor”. Pecaste; es cierto. Entonces ¿por qué esperas? Porque le alabaré (confesaré). Así como Dios aborrece al que defiende sus pecados, así ayuda al que los confiesa. Teniendo esta esperanza, la cual no puede subsistir sin gozo, aun cuando nos hallemos en trances penosos durante esta vida y llenos de inquietudes y tempestades, sin embargo, elevada el alma con esta esperanza, puesto que se goza en la esperanza, conforme dice el Apóstol : “Gozándonos en la esperanza y soportando en la tribulación” (Rm 12,12), se encamina hacia Dios para alabarle y le dice: “Alaba alma mía al Señor”» (Enarrat. ps. 145,2).

Este texto nos pone ante el valor transformante que tiene la alabanza, no sólo del estado del alma afligida, sino de la misma realidad de la tribulación, que deja de ser causa de pesar, para ser fuente de gozo, tal como decía el Apóstol (Rm 12,12). Y ello se debe a que la alabanza, para san Agustín, es el acto más perfecto del amor. Sólo se alaba lo que se ama. Por eso el valor transformante de la alabanza, en el lenguaje agustiniano, se debe al amor que lo motiva, y que vence en toda tribulación.

Y el nombre específico que recibe esta alabanza es el de “confesión”. La confesión tiene una doble naturaleza, a diferencia de como se la entiende hoy día. Por un lado es el reconocimiento de los propios pecados, pero como contrapartida inseparable, es alabanza a Dios por su perdón y misericordia. El pasaje arriba citado pone en claro los peligros que puede entrañar la presencia de uno sin el otro. Este valor de la “confesión” es el que llevó a san Agustín, saliéndose de los límites de su época, escribir sus Confesiones,

donde su alma cuenta toda su historia y no duda en reconocer sus errores, pero los transfigura por la alabanza a Dios y sus inescrutables designios. Tal vez haya sido el Salterio, como libro de la confesión del orante que expone su alma ante los ojos de Dios, el que inspiró a san Agustín a escribir su propia historia, y en primera persona, tal como lo hacen los Salmos.

Para reforzar estas ideas podemos citar otro texto:

«Para que alguno no entienda de otra manera lo que dice: “Alabaré tu nombre por el siglo”, y, por tanto, busque otro siglo en el que alaba, añadió: “Cada día te alabaré”. Luego alaba y bendice al Señor, tu Dios, todos los días, para que, cuando hubieren terminado estos días y llegue el día único sin fin, vayas de alabanza en alabanza, como progresas de virtud en virtud. “Cada día, dice, te bendeciré”. No pasará día sin bendecirte. No es de admirar que bendigas a tu Dios en el día alegre. Pero ¿qué sucederá si se topa con algún día triste, conforme son las cosas humanas, conforme se presente la multitud de escándalos y el tropel de tentaciones? ¿Qué acontecerá si se ofrece algo infausto al hombre? ¿Dejarás de alabar a Dios? ¿Dejarás de bendecir a tu Creador? Si cesas, mentiste al decir: “Cada día te bendeciré, Señor”. Si continuases alabando, aunque te parezca que te va mal en el día infausto, te irá bien con tu Dios. En el mismo mal presentado encontrarás algún bien; pues, si te va mal en algún mal, sin duda en algún bien te irá bien. ¿Y qué cosa mejor que tu Dios, del cual se dice: “Nadie es bueno, sino uno solo, Dios? (Lc 18,19). Lo segura que es esta alabanza y lo firme que es este bien lo entenderá por el mismo bien...

Ves como has de portarte para deleitarte todos los días, pues tu Dios no te echa de sí porque te acontezca algo infausto. ¡Cuán triste era lo que sucedía al santo varón Job!. ¡Cuán repentinamente! ¡Cuántos males a un tiempo! ¡Cómo le fueron quitadas todas las cosas de las que el diablo tentador creía que se alegraba, pero que no se alegraba!... Con todo, aquel santo varón, poseyendo otra cosa de la cual se alegraba y en quien se cumplía la realidad que ahora hemos conmemorado: “Cada día te bendeciré” ¿por ventura, porque brilló infausto aquel día en el que perdió todo por eso se apagó la luz interna en su corazón? No. Permaneció en aquella luz y dijo: “El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, como a Él le agradó así se hizo; bendito sea el Nombre del Señor”(Job 1)» (Enarrat. ps. 144,3-4).

San Agustín resalta de qué manera Job no se limitó a una pura aceptación del mal, o a una resignación ante la voluntad de Dios. Job, además de unirse a la voluntad de Dios, también la alabó: *Bendito sea el Nombre del Señor*.

En esta última parte del Salterio (*Sal* 100-150) san Agustín pone de manifiesto que, por el crecimiento en la vida espiritual, va creciendo día a día el espíritu de alabanza. Pero al ser una alabanza que se da siempre en medio de tribulaciones, se trata entonces del “sacrificio de alabanza”, que fue el que Cristo ofreció verdaderamente al Padre, y a quien los Salmos proféticos anunciaban.

Y cada vez que san Agustín retoma el tema del sacrificio de alabanza, aún en los últimos Salmos de este grupo, siempre vuelve al Salmo 49, como su texto preferido. Ese Salmo ya señalaba el rol transformante de la actitud de alabanza cuando decía:

*Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza,
Cumple tus votos al Altísimo.
Invócame en el día de la tribulación,
Yo te libraré y tú me darás gloria (Sal 49,14-15).*

Por eso podemos recordar las últimas palabras que san Agustín le dedica al comentario de ese Salmo:

«*El sacrificio de alabanza me glorificará; y allí está el camino en que le mostraré la salud de Dios*” (*Sal* 49,23). *En el sacrificio de alabanza está el camino en el que le mostraré la salud de Dios. ¿Cuál es la salud de Dios?. Cristo Jesús. ¿Cómo es que se nos da a conocer a Cristo en el sacrificio de alabanza?. Porque Cristo vino a nosotros con la gracia. Así dice el Apóstol: “Ya no vivo yo, sino que Cristo es el que vive en mí; y lo que ahora vivo en carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Ga 2,20). *Luego reconozcan los pecadores que no tendrían necesidad de médico si estuviesen sanos. Efectivamente, “Cristo murió por los impíos”* (Rm 5,6). *Luego, cuando reconocen sus iniquidades e imitan ante todo al publicano que decía: “Señor sé propicio a mí, pecador”, manifiestan las heridas, llaman al médico, y como no se*

alaban, sino que se acusan, a fin de que quien “se gloría, se gloríe en el Señor” (1Co 1,31), reconocen el motivo de la venida de Cristo, el cual vino a salvar a los pecadores; así lo afirma el Apóstol: “Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1Tm 1,15). Por tanto, a los judíos, que se gloriaban de sus propias obras de tal manera les arguye el Apóstol, que les demuestra que no pertenecen a la gracia quienes piensan que se debe el premio a sus propias obras y méritos. Luego el que reconoce que pertenecen a la gracia, que es Cristo, conoce también que necesita la gracia, la cual es de Cristo. Se llama gracia porque se da gratis; si se da gratuitamente, no preceden méritos propios, para que se te dé. Si hubieran precedido tus méritos, la recompensa no sería reputada como gracia, sino como deuda. Luego, si dices que precedieron tus méritos, quieres ser alabado, mas no alabar a Dios; y, por tanto, no reconoces a Cristo, que vino con la gracia de Dios. Dirígete a tus propio méritos, y ve que ellos fueron malos, de suerte que por ellos sólo se te debe el suplicio, no el premio. Y, cuando veas qué se te debe por tu merecimiento, conocerás que se te da por gracia; y con el sacrificio de alabanza glorificarás a Dios. Allí está el camino en el que conocerás a Cristo, salud de Dios» (Enarrat. ps. 49,31).

5. Conclusión

Junto con la consideración del Salterio como una obra compuesta de cinco libros, los Padres de la Iglesia conocieron otra: la del Salterio como un libro, dividido en tres partes. Sus representantes y seguidores son de suficiente peso para tenerlos en cuenta: Hilario, Agustín, Tomás de Aquino.

Pero más importante es todavía ese hilo conductor que, con un gran realismo, supieron ver tanto en el texto de los Salmos como en la realidad de la vida cristiana. Conforme a esa división los Padres consideraron siempre la vida cristiana jalonada en tres etapas, división que la Iglesia mantiene en su doctrina hasta el día de hoy. Por eso la lectura de un texto como las *Enarraciones* de san Agustín conserva una actualidad e importancia tal que puede hacer comprender al hombre de toda época qué es lo que en realidad está viviendo y cuál es la imagen de Cristo que en él se va configurando,

Fernando Rivas, osb

especialmente por el rezo de los Salmos.

Abadía de San Benito
C.C. 202 - B6700WAC Luján
Argentina
